

## Masculinidad y suicidio, una cuestión de sentido

Masculinity and suicide, a matter of meaning

Humberto Abarca P.\*

---

### Resumen

Después de los accidentes de tránsito, el suicidio constituye la segunda causa de muerte en Chile. Durante 2020, se registraron 1.590 suicidios en el país, representando un 1,29 % del total de fallecimientos. El 82,7 % corresponde a hombres, esto es, por cada 10 suicidios hay 8 de varones y 2 de mujeres<sup>1</sup>. A partir de esa evidencia de base, proponemos una reflexión sobre género, masculinidad y suicidio. ¿De qué manera el suicidio nos habla sobre la condición masculina en nuestras sociedades? Analizaremos el imaginario sobre estas materias a la luz de resultados de investigación, del análisis de textos poéticos y del cancionero popular. En el camino reflexionaremos la temática del suicidio de varones sugiriendo una posible relación de sentido entre esta conducta y el tipo de interpelación a la acción (y a la omisión) de la norma cultural de la masculinidad.

**Palabras claves:** masculinidad, suicidio, mandato cultural, actualización

---

\* El autor es sociólogo, Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Chile. Ha trabajado en género, políticas públicas, participación comunitaria y formación de dirigentes sociales. Imparte el curso de metodologías participativas en las universidades de Chile y Alberto Hurtado. En la actualidad es docente titular de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. [humberto.abarca@gmail.com](mailto:humberto.abarca@gmail.com)

<sup>1</sup> Lolás, Fernando y Agar Lorenzo, *Pandemia y suicidio en Chile*, El mostrador, 14 de julio de 2021. <https://www.elmostrador.cl/noticias/opinion/columnas/2021/07/14/pandemia-y-suicidio-en-chile/>  
Recuperado 04.06.2022.

## Abstract

After traffic accidents, suicide is the second cause of death in Chile. During 2020, 1,590 suicides were registered in the country, representing 1.29% of all deaths. 82.7% correspond to men, that is, for every 10 suicides there are 8 men and 2 women. From this basic evidence, we propose a reflection on gender, masculinity and suicide. How does suicide tell us about the masculine condition in our societies? We will analyze the imaginary on these matters in the light of research results, the analysis of poetic texts and the popular songbook. Along the way we will reflect on the theme of male suicide, suggesting a possible relationship of meaning between this behavior and the type of challenge to action (and omission) of the cultural norm of masculinity.

**Keywords:** masculinity, suicide, cultural mandate, update

*Fecha de recepción: Octubre 2021*

*Fecha de aprobación: Junio 2022*

## Negación de sí: aproximaciones al suicidio

¿Cuándo y por qué razones la existencia deja de tener sentido y se decide terminar?

El tema del suicidio ha sido recurrente en las ciencias sociales, en especial desde que Durkheim (1965), a fines del siglo XIX, invitó a construir las determinantes sociales, espondiendo así a las explicaciones psiquiátricas, psicológicas o individuales en boga a inicios de la sociedad industrial occidental<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> En su formulación clásica, Durkheim plantea que los individuos que componen una sociedad actúan impulsados por una conciencia colectiva, resumen de la moral del grupo, de modo que un acto

A nivel mundial, las tasas de suicidio crecen en un 60% en los últimos 45 años, siendo una de las primeras causas de muerte. En particular, nuestro país ocupa el segundo lugar después de Corea del Sur entre las tasas de suicidio según las estadísticas de la OCDE. Estos datos se agudizan al considerar la población adolescente y juvenil (Echávarri, 2015).

Las últimas cifras validadas en Chile indican una tasa observada de 10,39 al año 2018. El suicidio presenta un perfil de relevancia epidemiológica (segunda causa de muerte), marcadamente masculino (más de un 80%). Según datos publicados por MINSAL (2021), durante 2018 la tasa de suicidio en hombres alcanza un 17,5 para las mujeres es un 3,5 por 100 mil habitantes. Llama la atención que un 81% de los varones suicidas elige el ahorcamiento como método de autoeliminación<sup>3</sup> De modo sugerente, el reciente estallido social de nuestro país acuñó una frase significativa: *no era depresión, era capitalismo*.

¿Qué nos dice la investigación sobre la ineludible condición de género masculina presente en el suicidio? Es lo que a continuación pasamos a revisar.

### **El modelo de género como aparato semiótico**

A fines de los noventa, nos aproximábamos a las distinciones básicas del modelo hegemónico masculino. Con motivo de una investigación cualitativa realizada con varones de distintas clases sociales y generaciones señalábamos que el discurso social de los

---

aparentemente individual como el suicidio es reflejo de las características de la sociedad en que se produce. Distingue entre suicidio *altruista*, presente en sistemas sociales que acentúan la importancia del grupo sobre el individuo; el suicidio *egoísta*, propio de la sociedad moderna, que fuerza al individuo a ser libre y destaca el valor de la personalidad individual: el suicidio *anómico* se presenta cuando se derrumban los sistemas normativos o no tienen poder para regular las actividades sociales.

<sup>3</sup> Un 80.7% de los varones se suicida por ahorcamiento, un 3.9% elige envenenamiento y otro 8.2% utiliza arma de fuego. Entre las mujeres, los porcentajes son de 68.5%, 16% y 8.2% respectivamente (SML, 2017). Llama la atención que a pesar de los niveles elevados de desigualdad económica que presenta nuestro país, los análisis oficiales no presenten una desagregación por quintiles.

entrevistados debía ser comprendido en el contexto de las circunstancias históricas de la modernidad, un momento histórico dominado por un modelo tradicional donde las identidades masculinas y femeninas son de modalidad excluyente, construidas en relación con una división sexual del trabajo fundada en la separación de la vida social entre una esfera de lo público (producción) y otra esfera de lo privado (reproducción), y la asignación de los varones a la primera y las mujeres a la segunda. Señalábamos que la identidad de género se organiza en la línea de lo mismo/lo diferente y pone al hombre como lo mismo. La masculinidad aparece como el centro a partir del cual se constituyen los bordes (Tajer 1996; Inda, 1996).

El género es la representación ideológica del relato moderno sobre el sexo, que no sólo produce una modalidad de orden, sino que también lo justifica. Por ello, concebimos el concepto de género como el "conjunto de relaciones sociales que, basadas en las características biológicas, regula, establece y reproduce las diferencias entre hombres y mujeres. Se trata de una construcción social, de un conjunto de relaciones con intensidades específicas en tiempos y espacios diversos" (Ramos, 1991: 12). De esta forma, género es la construcción social de la diferencia entre los sexos, el sexo socialmente construido y las ideologías masculinas constituyen su expresión en la subjetividad de hombres y mujeres. En la misma década, Butler (2007) argumentaría que el propio sexo es culturalmente construido por un sistema que lo fija en la dicotomía de la heteronorma: la evidencia del sexo, en apariencia unívoca, está cargada de metáforas que -políticamente- pugnan por anclar su significado al binarismo y de este modo, 'fijarlo' como manifestación de un repertorio de identificación desde el cuerpo.

Por consiguiente, el género es un sistema de significados determinado por la ideología dominante de una sociedad. Teresa de Lauretis (en Ramos: 1991) señala que

el género, como la sexualidad, no es una propiedad de los cuerpos ni algo existente desde el origen de los seres humanos, sino que es un conjunto de efectos producidos sobre los cuerpos, los comportamientos y las relaciones sociales. Como tal, constituye la representación de la relación entre hombres y mujeres construida socialmente; al mismo tiempo que constituye una construcción sociocultural, es un aparato semiótico, esto es, un sistema de representación ideológica que asigna significado a los individuos dentro de la sociedad.

Entendemos el paradigma dominante de masculinidad como un modelo, esto es, en el doble sentido de representación simbólica de la realidad (así se concibe la masculinidad) y norma (así se debe orientar la conducta de un hombre). La masculinidad hegemónica constituye un saber ideológico que orienta, motiva e interpela a los individuos concretos constituyéndolos en sujetos, a la espera de una respuesta "sujetada" a la norma (Althusser, en Zúñiga: 1971). Al mismo tiempo, la existencia de un modelo dominante supone la posibilidad de subjetividades masculinas que se relacionan en forma diversa con el paradigma, acatando, negando o pervirtiendo su mandato de acuerdo al contexto en que se encuentren (Sarti, en González Montes, 1995: 59). La coexistencia de valores tradicionales y modernos constituye una realidad cotidiana en las sociedades latinoamericanas (Fuller: 1997).

El modelo masculino emerge como un poder que consuela y daña al mismo tiempo. Las sociedades exigen a sus varones pasar por pruebas para probar su masculinidad, que aparece como una cualidad muy deseada y, a la vez, difícilmente alcanzable. Así, la condición masculina estaría constantemente en duda, por lo que necesita su prueba y afirmación social y personal. Si los hombres, tan universalmente, deben pasar por pruebas para probar su masculinidad, es precisamente porque ésta no está determinada por la

naturaleza. Por esta razón, las sociedades establecen pautas, rituales, pruebas, sistemas de premios y castigos que incentivan la conducta agresiva y activa, inhibiendo los comportamientos pasivos (Callirgos, 1996). Socializarse como varón bajo el modelo tradicional es un proceso difícil que requiere un beneficio simbólico y material. Ese beneficio consiste en la posibilidad de ejercer algún poder (Kaufman, en Arango y otras: 127).

No obstante, se ha señalado el carácter ambiguo de este premio. A lo largo de su socialización cultural, el varón internaliza un rasgo básico de su condición: la construcción social del varón va ligada a la noción de importancia, esto es, el principal mandato cultural del varón es ser importante. Este modelo-imagen cumple dos funciones contradictorias entre los varones: a) proveer un refugio, en la medida que el orgullo corporativo masculino y las prerrogativas que establece hacen vivible la existencia y, al mismo tiempo, b) impugnar y angustiar, en virtud que la grandeza del modelo-imagen masculino no logra ser alcanzada por ningún sujeto. A partir de lo anterior, el modelo hegemónico masculino, resumido en la consigna básica “ser varón es ser importante”, puede ser leído de dos formas:

- *Ya soy importante.* Aquí, el sujeto se lee a sí mismo como afortunado de haber nacido del lado adecuado, saboreando las posibilidades y privilegios que se le reservan.
- *Debo ser importante.* Esto es, el varón asume que debe actualizar permanentemente su derecho a ocupar un lugar en el universo masculino (Vicent-Marqués, en Valdés y Olavarría: 1997).

De hecho, las dos lecturas de la norma “producen sujetos”, en la medida que, en el primer caso, conllevan la valoración de los derechos que se desprenden de la condición y en el segundo, recuerdan los deberes sociales que le acompañan. En definitiva, bajo las condiciones de modernidad el modelo hegemónico masculino se expresa como una dialéctica entre el privilegio y la impugnación, que alimenta la reproducción compleja del

poder en el sistema de sexo-género y hace de la masculinidad un complejo identitario que se mueve en una dialéctica agonística entre potencia y carencia.

### **Apuntes sobre masculinidad y suicidio**

El suicidio es un hecho que afecta a una parte significativa de la población, especialmente, a los hombres. Este fenómeno tiene componentes culturales que están directamente relacionados con el género. Existe una relación importante entre algunas causas del suicidio y el rol del varón. Algunas de estas causas son visibles, como en el caso de las adicciones, en las que el consumo de alcohol y drogas es mayor en el caso de los hombres; o en de la violencia suicida, como en el caso del suicidio terrorista o el que tiene lugar después de episodios de violencia de género. Otras causas se encuentran más escondidas como la de no poder cumplir con su función de proveedores o el sentimiento de desamparo y la depresión a las que los hombres se enfrentan con dificultad al tener más problemas para pedir ayuda o demostrar sus emociones (Rosado et al., 2014).

¿De qué modo se va construyendo el andamiaje de sentidos que termina en esa predisposición masculina? La masculinidad hegemónica, heteronormada, binarista, se construye a partir de dos conceptos ejes: el complejo del honor/valor (como corazón del contenido ideológico) y la lógica del rendimiento y la performatividad (como mecanismo de actualización y confirmación).

La noción de masculinidad está asociada a la idea de carrera, esto es, al despliegue de un ciclo vital donde el varón es integrado a un sistema cultural de normas e instituciones, premios y castigos, prescripciones y proscripciones que lo van generizando o 'virilizando' a lo largo de la vida, que toma la forma de una construcción de haberes y deudas cuyo saldo depende de las acciones del varón. Es un diseño signado por su fragilidad, sujeto a derrumbe por la posibilidad del renuncio.

Es notorio el modo en que opera la máquina semiótica de la masculinidad: es una condición interna -una convicción<sup>4</sup>- que sólo encuentra su espacio de actualización en lo público. Es un ejercicio de autonomía reflexiva puesto que el varón acepta participar de un sistema de valores culturales que le obliga (“nobleza obliga”) a someterse al escrutinio público y de este modo, a anudarse al lazo social a partir del cumplimiento de las funciones culturales, sociales, económicas, políticas que se esperan de un varón ‘de respeto’.

Honor, valor y prestigio forman un complejo cultural de la hombría. El honor es una percepción de sí en tanto ‘regio’, esto es, como un sujeto soberano, dueño de sí, con capacidad de agencia y autoría; si de sus actuaciones públicas (lo que se dice de él) deriva su prestigio<sup>5</sup>, la dialéctica agonística de la masculinidad (potencia/carencia) le compele hacia la lógica del rendimiento, que le sujeta a la demanda de una constante actualización y vigilancia social<sup>6</sup> que, en la medida que recurre a medios lícitos, desarrolla y ensancha el vínculo social.

La masculinidad, siempre a prueba, se construye en la cancha, en el espacio público (relaciones sociales, políticas, de trabajo), en el marco de la lucha por el prestigio. En la calle o aquello que experimente como espacio público, el varón aprende en la práctica una de las máximas de todas las masculinidades: *el honor*. La defensa del honor se traduce en el aserto “*nunca te dejes avasallar*”, esto es, nunca ofrecer servidumbre o reconocer jerarquía a quien no ha demostrado superioridad por algún medio lícito –incluido el uso de la violencia-. El principio de honor se basa en una consideración más general: *en la calle todos somos iguales*”. En el territorio, es su derecho a la equivalencia social lo que el varón

---

<sup>4</sup> En la película *Rob Roy*, el protagonista le dice a su hijo: ‘el honor es un regalo que un hombre decide darse a sí mismo’.

<sup>5</sup> Recordemos el vínculo entre las nociones de ‘prestigio’ y ‘prestidigitador’: arte de crear ilusión mediante el artilugio de las manos.

<sup>6</sup> Como el tiburón, que si no nada se ahoga.



debe demostrar cada vez que no se deja avasallar. Por otra parte, la igualdad es un bien que se debe conquistar autónomamente: independiente que pueda recurrir a su grupo para ser defendido, el varón debe demostrar su capacidad para resolver sus problemas por mano propia.

Desde otro lugar, la consciencia de privilegio se desarrolla como una impugnación irónica que reduce la masculinidad desde el épico Olimpo hasta la humilde condición de 'burro de carga'. El destino del hombre no pareciera reconocer puntos medios, oscila entre el triunfo y el fracaso: un hombre es lo que logra, pero, sobre todo, *lo que se dice de él*. Esta noción transforma el honor en una cualidad interna que debe ser actualizada y confirmada periódicamente en la esfera pública: como sea, la hombría es un sistema asociado a la noción de *obligación*. Es una hombría siempre 'en vitrina', vigente mientras se demuestre.

"<¿Cómo ha sido tu experiencia de hacerse hombre?> Complicadísima...he tratado de asumir estos roles y cuando tengo un tropiezo, me duele mucho...<ser varón otorga> mayor reconocimiento social, una especie de clasismo, se nos deja la testa de la mesa <la desventaja> va por el mismo lado, si no podemos cumplir con esas expectativas, se nos estaría viendo como fracasado...honor no es solamente tener el convencimiento interno de que se está haciendo lo correcto sino también que los demás vean" (Miguel, Joven estrato medio. En: Abarca, 2000)

En la experiencia de los barristas del fútbol del campo popular:

¿Qué pasaría si te pegan y no respondes?

“Si no respondo me verían como un retobado<sup>7</sup>. A uno igual lo ven siempre ganando, sería retobado. Igual uno puede llegar al borde de la depresión si a uno le pegan y lo bajan, se va todo lo que uno ha hecho a la mierda” (Entrevistado barra Pintana Rebelde, Universidad de Chile).

La hombría es un sistema de autoobservación instalado en la subjetividad masculina que *garantiza la reproducción social*. Esto, en la medida que la angustia de no ser hombre –o no ser el mejor de todos- es el motor eficiente del rendimiento funcional del varón, que sólo consolida su identidad a través del cumplimiento diligente de los mandatos culturales, que no son más que una forma de tomar el lugar correspondiente en alguna de las zonas de funcionamiento del sistema social: ¿Qué mejor forma de inscribir un rol en la subjetividad de un sujeto que hacerle creer que su propio cumplimiento y el control del cumplimiento de sus pares le garantiza una identidad privilegiada? (Abarca, op cit. 2000).

La identidad masculina, sabedora de que su sostén reside en la aceptación del sistema de pruebas de la hombría, acata una versión de la existencia asociada al vaivén de certámenes cotidianos donde se puede ganar o perder, pero donde lo importante será la voluntad de participar porque incluye dentro del conjunto de ‘los varones de verdad’. El trabajo señero de la antropóloga Ondina Fachel sobre la cultura gaucha en el nordeste brasileño (2019) nos permite aproximarnos a las manifestaciones empíricas del modelo ideológico masculino.

Reflexionando sobre las relaciones entre naturaleza y cultura y desde la dicotomía femenino continente, masculino contenido, Fachel nos presenta una masculinidad sometida a la dialéctica potencia/carencia, siempre sujeta a demostrarse, siempre puesta a prueba.

---

<sup>7</sup> ‘Retobado’: que se echa para atrás, que renuncia y no responde.

“(La arena o ring de peleas de gallos) ... indica que todos los cuerpos y todos los movimientos son un drama más de celebración de ser hombre, aunque algunos, entre ellos, pueden perder su masculinidad de diversas formas. La hombría, como premio, siempre estará en riesgo, pero el mismo programa de disputas, que también es un juego, ofrece recursos para eventualmente recuperarla.” (Fachel, pág 35 op cit -portugués en el original-)

¿Por qué la masculinidad está en permanente riesgo? La masculinidad es una máquina semiótica que opera por desequilibrio: siempre buscando su homeostasis a partir del principio de actualización. Es la falla la que mueve la conformación del modelo y, de cuando en vez, su interrogación y/o transgresión. La clave es la performatividad, esto es, la demostración de la actualización de la norma en el espacio público, sea sobre sí o sobre otros varones.

El principio del honor/valor se expresa en uno de los rasgos centrales de la identidad masculina de los barristas populares del fútbol, el *aguante*, que constituye un principio rector, signado por la plenitud: ‘*cuanto peor, mejor*’. El *aguante* es un principio aglutinador de la experiencia, definida como el arte de no escapar, de soportar lo que venga, en especial aquella prueba o carga que se considera desproporcionada, imposible de afrontar. La ideología del *aguante* alteriza el ideal de masculinidad del hincha e implica el despliegue de un sentimiento estoico ante la adversidad. En este sentido, se extrema la identificación de la barra con la ideología del *aguante* toda vez que se afirma que un hincha sin *aguante* no es un hincha (Abarca y Sepúlveda, 2001).

La ideología del *aguante* somete continuamente al hincha a su confrontación posibilitando su autoafirmación. El *aguante* no se puede "soltar" o "aflojar", siempre se debe estar allí, ofreciendo "todo". En este sentido el *aguante* implica un ejercicio de sacrificio por

parte del hincha, sacrificio no exento de dolor, que pone a prueba la resistencia masculina otorgándole un plus de honor. Del mismo modo somete a los hinchas al despliegue de todas sus habilidades y capacidades para sortear las variadas dificultades impuestas por las entidades de control o por las propias características selectivas del circuito comercial de la industria del espectáculo deportivo. Cual vocación religiosa, el *aguante* se prueba en la adversidad o ‘tentación de afloje’: cuando el equipo pierde y cuando el rival excede en número y/o las condiciones son adversas.

"En un campeonato en Viña del Mar cuando jugó el Colo, la U yo me fui preso todos los partidos (Risas), fueron ocho partidos, los ocho partidos preso, todos, todos, todos los partidos preso. De repente nos quedábamos durmiendo en la playa así poh

"Ahí la sufríamos, al otro día la marea subía y el piño entero durmiendo en el agua, pasábamos cualquier frío"

"No estábamos ni ahí, todo por ir al estadio nomás"

"De repente teníamos que andar librando porque venían los pacos y salir corriendo y meta balazo detrás de nosotros (risas) y hasta que de repente nos encerraron y ahí quedábamos" (Entrevista Barra Los Suicidas, Colo Colo)

Desde un punto de vista etimológico, la palabra ‘aguante’ proviene de aguantar; y ésta, a su vez, del italiano *agguantare* ‘coger, empuñar’, ‘detener (una cuerda que se escurre)’, ‘resistir (una tempestad)’ y éste derivado de *quanto* ‘guante’, por alusión a los guanteletes de los guerreros medievales (una pieza de armadura con que se guarnecía la mano). El *aguante* es la oportunidad de transformarse en leyenda.

"...una vez veníamos del estadio y estaban todos los Pinreb<sup>8</sup> y yo venía con mi hijo en la micro y con mi suegra y la vecina y con un puro hermano de los Peñis, éramos dos nomás. Nosotros dos peliando con todos los locos, yo con mi hebilla y mi hermano con un cortaplumas, los hicimos bajarse y qué, agarraron a capotazos la micro y yo borrado, no me preocupe de nada, de puro "a'onde están a'onde están", puro pegarles, terciarlos..." (Jefe Barra Colo Colo)

Desde un punto de vista existencial, ¿qué es el *aguante* sino el reemplazante humano de la fe? Es una actitud de resistencia a los embates de la vida. Una disposición a la entrega total, una actitud de sacrificio. Es una virtud del que arriesga y por tanto, deviene plenamente actor de una verdad. El *aguante* constituye el corazón de un microrrelato que se ofrece a los sujetos como una importante reserva de sentido. El *aguante* es la expresión del *ethos* del barrista. Desde sus coordenadas éticas y estéticas, pertenecer al grupo más belicoso de la barra 'piño de choque' aparece como una consecuencia natural. Más aún: es una oportunidad –la mejor, la única posible- para probarlo a plenitud. Parafraseando un texto memorable: tener *aguante* y no pertenecer al piño de choque es una contradicción casi biológica (Abarca y Sepúlveda, op cit).

En contrapartida, el horror masculino es que la identidad se vea reducida a la intrascendencia o vacuidad total en lo que a atributos masculinos se refiere. En este punto, lo abyecto se hace evidente: no hay con qué llenar el conjunto semiótico vacío de la masculinidad. Por eso en nuestra masculinidad nacional una de las formas de insultar a un

---

<sup>8</sup> Relato del jefe de la barra *Los Peñis* (en mapudungun, Los Hermanos) de Colo Colo. La *Pinreb* (Pintana Rebelde) es la barra rival en el territorio. Los rivales recuerdan este episodio y desde ahí, respetan al jefe rival.

varón es colgarle el mote con que se nombra la homosexualidad: 'hueco'. Hueco es lo vacío de sentido y peor aún, aquello que no se logra llenar con nada que valga la pena<sup>9</sup>.

En el ciclo de vida masculino, la pérdida de performatividad, esto es, el deterioro físico y psíquico producto de la senectud, la pérdida paulatina del vigor que, va deteriorando la capacidad de responder en tiempo y forma con excelencia, es una crisis global de la masculinidad, cuyo modelo se construye desde un supuesto de plenitud de capacidades. Llegado a este punto, el macho se descubre perplejo, desengañado. Como testimonio para la posteridad el poeta Pablo de Rokha en su colosal Canto del Macho Anciano (de Rokha, 1961):

“Sentado a la sombra inmortal de un sepulcro, o enarbolando el gran anillo matrimonial herido a la manera de palomas que se deshojan como congojas, escarbo los últimos atardeceres. Como quien arroja un libro de botellas tristes a la Mar-Océano o una enorme piedra de humo echando sin embargo espanto a los acantilados de la historia o acaso un pájaro muerto que gotea llanto, voy lanzando los peñascos inexorables del pretérito contra la muralla negra. Y como ya todo es inútil, como los candados del infinito crujen en goznes mohosos, su actitud llena la tierra de lamentos. Escucho el regimiento de esqueletos del gran crepúsculo, del gran crepúsculo cardíaco o demoníaco, maníaco de los enfurecidos ancianos, la trompeta acusatoria de la desgracia acumulada, el arriarse descomunal de todas las banderas, el ámbito terriblemente pálido

---

<sup>9</sup> La significación de la homosexualidad deja en evidencia la masculinidad como un signo vacío y por eso debe ser llenado con violencia de género.

de los fusilamientos, la angustia del soldado que agoniza entre tizanas y frazadas, a quinientas leguas abiertas del campo de batalla, y sollozo como un pabellón antiguo.

(...)

Ha llegado la hora vestida de pánico en la cual todas las vidas carecen de sentido, carecen de destino, carecen de estilo y de espada, carecen de dirección, de voz, carecen

de todo lo rojo y terrible de las empresas o las epopeyas o las vivencias ecuménicas, que justificarán la existencia como peligro y como suicidio; un mito enorme, equivocado, rupestre, de rumiante fue el existir; y restan las chaquetas solas del ágape inexorable, las risas caídas y el arrepentimiento invernal de los excesos, en aquel entonces antiquísimo con rasgos de santo y de demonio, cuando yo era hermoso como un toro negro y tenía las mujeres que quería y un revólver de hombre a la cintura.

Fallan las glándulas y el varón genital intimidado por el yo rabioso, se recoge a la medida

del abatimiento o atardeciendo araña la perdida felicidad en los escombros; el amor nos agarró y nos estrujó como a limones desesperados, yo ando lamiendo su ternura,

pero ella se diluye en la eternidad, se confunde en la eternidad, se destruye en la eternidad y aunque existo porque batallo y "mi poesía es mi militancia", todo lo eterno me rodea amenazándome y gritando desde la otra orilla.

(...) el autoretrato de todo lo heroico de la sociedad y la naturaleza me abruma;

(...) Todas las cosas van siguiendo mis pisadas, ladrando desesperadamente, como un acompañamiento fúnebre, mordiendo el siniestro funeral del

mundo, como el entierro nacional de las edades, y yo voy muerto andando.  
(...) Está lloviendo, está lloviendo, está lloviendo, ¡ojalá siempre esté lloviendo, esté lloviendo siempre y el vendaval desenfrenado que yo soy íntegro, se asocie a la personalidad popular del huracán!" (Fragmento<sup>10</sup>)

Al final del camino, solo ante el mundo que lo abandona, al hombre anciano sólo queda la posibilidad de fundirse a los elementos, a la búsqueda de una posible redención.

Coincidentemente, el trabajo de Fachel llega a su punto culmine cuando aborda el significado de la muerte suicida para los gauchos. Escuchando historias, se encontró frecuentemente con historias de suicidio masculino. Hombres que se van quedando irremediablemente solos e irremediablemente, ya no son los de antes. Ante la encrucijada, tiempo de desenlace. Cuando se pierde todo, sólo queda la autonomía para decidir cuándo, dónde y cómo morir por mano propia.

“Las narrativas presentaban una configuración clara y repetitiva de síntomas y circunstancias, componiendo lo que me atrevo a llamar el “síndrome del suicidio del campo”: los suicidas eran hombres, vivían o venían del campo, eran gauchos que “se estaban volviendo viejos y cansados por el trabajo”, hombres que estaban perdiendo las ganas de vivir, solteros o sin familia descendiente y, sobre todo, eligieron el ahorcamiento como forma de morir ... El suicidio típico se describió así: un hombre se vuelve cada vez más reflexivo sobre la vida, tranquilo, "solo en su soledad". Un día, hace todo lo que hace todos los días y lo que siempre ha hecho toda su vida, monta su caballo y sale a campear, lleva consigo una cuerda, cuidadosamente hecha de cuero - probablemente el lazo que siempre lleva consigo

---

<sup>10</sup> El poeta de Rokha se suicidó de un disparo en la cabeza.



para lacear ganado perdido-, busca un árbol (tarea difícil en la pradera de la pampa) y se ahorca (Fachel, op cit. pág 37)

La masculinidad es una cuestión de estar a la altura y no de cualquier forma: se relaciona con la prueba y la prodigalidad. Para probar que se pertenece a la estirpe del héroe (o semidios, su raíz etimológica), los trabajos de demostración están signados por el género en tanto es el varón quien debe justificar con evidencia su aspiración a ocupar el lugar de los dioses. De este modo, las pruebas cumplen una funcionalidad cultural: fundan sociedad en la medida que afirman un orden de género. Por ello, la masculinidad es performativa, se tiene que ser capaz de ser hombre y más aún, de demostrarlo.

El *aguante* se mide en el exceso, en la intensidad masculina. ¿De dónde proviene tal generosidad en la entrega? Bataille (1992), cuando nos habla del movimiento de prodigalidad de la vida, asocia el derroche con una forma de sentido que imprime renovada fuerza al ciclo agonístico muerte/vida. Al respecto, señala “Desde un punto de vista que respondería al sentido de ese movimiento, ¡como más dispendiosos sean los procedimientos que engendran la vida, como más costosa sea la producción de organismos nuevos, tanto mayor es el éxito de la operación! El deseo de producir con pocos gastos es pobremente humano (...) Si se considera globalmente la vida humana, aspira hasta la angustia a la prodigalidad, *hasta la angustia, hasta el límite en el que la angustia ya no es tolerable*. El resto es charlatanería de moralista” (cursivas en el original, op cit, pág 86)

En el mundo mapuche, en el contexto de ceremonia o Nguillatún, alrededor de la producción de las comidas, se comenta el gesto de pelar las papas procurando una cáscara gruesa, bajo el supuesto que la hecatombe impone la consigna del derroche, donde sería

mal visto -por miserable- pelar la cáscara fina -en la ciudad se dice 'para visita'<sup>11</sup>- El orgullo se expresa en la prodigalidad que se muestra hacia el otro de un modo que para ese otro sea ostensible la abundancia en que vive el anfitrión. Nuevamente, el prestigio, el valor definido a partir del juicio de los otros.

Entre los gauchos, así como desprecio por el ahorro es signo de posesión, de abundancia (o deseo de multiplicar la abundancia), el desprecio por la vida es signo de valor (o deseo de proyectar la falta de temor por la muerte). Es omisión del significado del 'precio': la dignidad del peón.

Así como entre los barristas la posibilidad de morir bajo la identidad del guerrero que va hacia adelante es un signo de honor que les permite encajar con una forma de masculinidad digna, el suicidio gaucho es la venganza o la jugada final del sujeto, que, ante la imposibilidad de seguir empalmado con el modelo desde el cumplimiento de la excelencia en los quehaceres diarios, afirma su dignidad en un ejercicio de autonomía: la posibilidad de disponer de su propia vida.

“El sistema de valores y significados que se manifiesta en relación con la muerte no es diferente del relacionado con la vida: virilidad, dignidad, individualismo, libertad y honor. Todas estas nociones están interconectadas: para ser hombre, el individuo tiene que aceptar desafíos, tiene que ser valiente. Esto también significa tener honor, y para tener honor un hombre nunca puede ser pasivo o sumiso. El gaucho, jinete de la pampa, montado en su caballo, se construye un mundo en sus quehaceres diarios. Experimenta sentimientos de dominio sobre la naturaleza, su propia vida y su destino. Cuando comienza a perder su fuerza física, cuando ya no

---

<sup>11</sup> Comunicación personal.

es capaz de sujetar un buey con la soga, cuando comienza a perder en la pelea cuerpo a cuerpo que pelea a diario con el animal, en este momento, piensa en la muerte. Simbólicamente, este es el momento en que se lacea a sí mismo, se cuelga con su propia corbata en una especie de epitafio silencioso: él mismo es el último animal a domar, a controlar. Este es un acto solitario; no permitirá que nadie lo controle. Hasta su último acto mantiene la ilusión de que nadie tiene control sobre él” (Fachel, op. Cit.)

Desde el ethos masculino, el *aguante* es la demostración de que no hay prueba satisfecha si es ‘con lo justo’, si no hay evidencia o demostración de la procura de excelencia, de prodigalidad, de derroche, de exceso. Por eso, el verdadero *aguante* es ‘cuanto peor, mejor’. Desde el gaucho, el suicidio por ahorcamiento con el propio lazo es signo de agencia, de dignidad, demostración última de la propiedad del hombre sobre su propia vida.

La masculinidad es del orden del poder. Es el pago por el dolor de empalmar con el modelo heterosexual y que le hace ocupar el lugar del desprecio por el cuidado de sí si en ello se juega el empalme con el modelo de masculinidad digna, temeraria. La masculinidad es del orden de la performatividad, no se cumple si no se demuestra de continuo.

### **Epílogo: más allá de los mandatos**

Pero ¿por qué tener que responder a mandatos? ¿por qué tener que trabajar para algo o alguien? ¿No es mejor ser luciferino<sup>12</sup>? ¿Es posible imaginar la vida sin mandatos, la identidad sin documentos?

---

<sup>12</sup> Lucifer, el primer rebelde, decidió no trabajar para nada ni para nadie más que para sí mismo.

El heroísmo del héroe mueve al cansancio y el cansancio es caldo de transgresión, cuya posibilidad es innumerable porque traiciona la cultura y su sistema de interdictos, su sendero de prescripciones y proscipciones. Por eso lo ponemos en el espacio de lo innumerable, de lo que no tiene palabra. Es el derecho a rebelión, a interrogar todo mandato, la posibilidad de la renuncia y la transgresión o, al menos, al silencio:

Oh, que será, que será  
que andan suspirando por las alcobas  
que andan susurrando en versos y trovas  
que andan descubriendo bajo las ropas  
que anda en las cabezas y anda en las bocas  
que va encendiendo velas en callejones  
que están hablando alto en los bodegones  
gritan en el mercado está con certeza  
en la naturaleza será, que será  
que no tiene certeza ni nunca tendrá  
lo que no tiene arreglo ni nunca tendrá  
que no tiene tamaño  
oh que será, que será  
que vive en las ideas de los amantes,  
que cantan los poetas más delirantes,  
que juran los profetas embriagados,

que está en las romerías de mutilados,  
que está en las fantasías más infelices,  
lo sueñan de mañana las meretrices,  
lo piensan los bandidos los desvalidos,  
en todos los sentidos, será, que será,  
que no tiene decencia ni nunca tendrá,  
que no tiene censura ni nunca tendrá,  
que no tiene sentido  
oh, que será, que será,  
que todos los avisos no van a evitar,  
porque todas las risas van a desafiar,  
y todas las campanas van a repicar,  
porque todos los himnos van a consagrar,  
porque todos los niños van a desatar,  
y todos los vecinos irán a encontrar,  
el mismo padre eterno que nunca fue allá,  
al ver aquel infierno lo bendecirá,  
que no tiene gobierno ni nunca tendrá,  
que no tiene vergüenza ni nunca tendrá,  
lo que no tiene juicio

Chico Buarque, O qué será (a flor da terra)

Esa posibilidad, que resiste apalabrarse y que sin embargo está allí, en el gesto cotidiano donde la esperanza se une con lo inexorable y continúa más allá: lo increíble será lo que no podemos y lo que no podemos será lo que siempre queramos.

La vida es un espacio entre dos muertes

La muerte es un silencio del amor

El amor es un orgasmo entre dos lágrimas

La lágrima es un lago sin su canto

El canto es un misterio de la boca

La boca es un abismo antes del pecho

El pecho es otro abismo entre dos sangres

La sangre es el motor que nutre el acto

El acto es una danza contra el tiempo

Y el tiempo es lo que mide los espacios

hasta aquí enumerados.

La selva es el ancestro del desierto

El desierto es un cuerpo ya bebido

Beber no amaga el fuego en la conciencia

La conciencia es un reloj de arena antiguo

Lo antiguo nos modela como a un niño  
Un niño es el pasado de los cuerpos  
El cuerpo es un combate que se pierde  
Se pierde sin retorno a lo increíble  
Lo increíble será lo que no podemos  
Y lo que no podemos será lo que siempre queramos.

(Patricio Manns, La Vida Total)

### Referencia Bibliográfica

Abarca, H. (2000); *Discontinuidades en el modelo hegemónico de masculinidad*. En: Gogna, M. (comp.) *Feminidades y masculinidades. Estudios sobre salud reproductiva y sexualidad en Argentina, Chile y Colombia*. Centro de Estudios de Estado y Sociedad. Buenos Aires.

Abarca, H. y Sepúlveda, M. (2001); *El feo, el sucio y el malo". Un estudio exploratorio sobre masculinidad y violencia entre varones de dos barras del fútbol en Chile*. Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales, Centro Interdisciplinario de Estudios de Género. Santiago.

Althusser, L. (1971); *Ideología y Aparatos Ideológicos de Estado (Notas para una Investigación)*. En: *Psicología Social 11: La Influencia Social Masiva*, Zúñiga, R. (Ed.), Ediciones Universitarias de Valparaíso; Santiago, Chile, 1971.

Bataille, G. (1992); *El erotismo*. Tusquets. Barcelona.

Butler, J. (2007); *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós. Barcelona.

Callirgos, J. Los caminos de la identidad masculina; Seminario: Identidades de género, lo masculino y lo femenino; Lima, Junio de 1996.

Durkheim, E. (1965); *El suicidio. Estudio de sociología*. Schapire. Buenos Aires.

Echávarri, O. et al (2015); *Aumento sostenido del suicidio en Chile: un tema pendiente*. Temas de la Agenda Pública. Instituto de Asuntos Públicos Universidad Católica. Año 10 / No 79 / junio 2015. Santiago.

Fachel, O. (2019); *Os Gaúchos: Cultura e identidade masculina no Pampa*. TESSITURAS | Revista de Antropologia e Arqueología. Programa de Pós-Graduação em Antropologia | UFPEL V7 | N1 | JAN-JUN 2019; Pelotas.

Fuller, N. (1997); *Identidades masculinas (Varones de Clase Media en Perú)*; Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

Inda N. (1996); Intervención en el *Panel "Subjetividades Sexuadas Contemporáneas. La diversidad posmoderna en tiempos de exclusión"*; II Jornadas de Actualización del Foro de Psicoanálisis y Género, Buenos Aires, 2 de diciembre de 1996.

Kaufman, M. 1995: Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias de poder entre los hombres; en: Arango, L.; León, M. y Viveros, M.(compiladoras); *Género e Identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*; Tercer Mundo editores, Colombia, 1995.

Marqués, J. 1997. "Varón y Patriarcado". En: *Masculinidad/es, Poder y Crisis*; Valdés, T. y Olavarría, J. (Eds.). FLACSO-Ediciones de las Mujeres N° 24, Santiago, 1997.

Ministerio de Salud de Chile (2021); *Herramientas de apoyo para la prevención del suicidio*. *Guía para el Cuidado de la Salud Mental*.

Neira, H. (2018); *Suicidio y misiones suicidas: revisitando a Durkheim*. Cinta moebio N°62 Santiago set. 2018.



- Ramos, C. (1991); *El género en perspectiva: de la dominación universal a la representación múltiple*. Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- De Rokha, P. (1961); *Epopéya de comidas y bebidas de Chile / Canto del macho Anciano*. Editorial Universitaria. Santiago.
- Rosado, M. et al (2014); *El suicidio masculino: una cuestión de género*. Prisma Social, núm. 13, diciembre, 2014, pp. 433-491. IS+D Fundación para la Investigación Social Avanzada, Las Matas, España.
- Sarti, C. A (1986); *Familia y género en barrios populares de Brasil*; en: González, S. (coord.); *Mujeres y Relaciones de Género en A. Latina*; El Colegio de México, 1996.
- Tajer, D. 1996; Intervención en el Panel “*Subjetividades Sexuadas Contemporáneas. La diversidad posmoderna en tiempos de exclusión*”; II Jornadas de Actualización del Foro de Psicoanálisis y Género, Buenos Aires, 2 de diciembre de 1996.
- Unidad de Estadísticas Servicio Médico Legal (2017); *El suicidio en Chile: Análisis del fenómeno desde los datos médico-legales. Período 2000-2010. Actualización datos periodo 2011-2017*. Santiago.